

CAPÍTULO 11

La sabiduría de Dios

Tú, oh Cristo, que fuiste tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado, haznos fuertes para vencer el deseo de ser sabios y de ser reputados sabios por otros tan ignorantes como nosotros. Nos apartamos tanto de nuestra sabiduría como de nuestra locura y huimos a Ti, sabiduría de Dios y poder de Dios. Amén.

En este breve estudio de la sabiduría divina comenzamos por la fe en Dios. Siguiendo nuestra pauta habitual, no buscaremos comprender para poder creer, sino creer para poder comprender. Por tanto, no buscaremos pruebas de que Dios es sabio. La mente incrédula no se convencería con ninguna prueba y el corazón adorador no necesita ninguna.

"Bendito sea el nombre de Dios por los siglos de los siglos", gritó el profeta Daniel, "porque suya es la sabiduría y la fuerza:

. . . da sabiduría a los sabios, y ciencia a los entendidos; revela las cosas profundas y secretas; sabe lo que hay en las tinieblas, y la luz mora con él". El hombre creyente responde a esto, y al canto angélico: "Bendición, y gloria, y sabiduría, y acción de gracias, y honor, y poder, y fuerza, sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos". A un hombre así nunca se le ocurre que Dios deba dar pruebas de Su sabiduría o Su poder. ¿No es suficiente que Él sea Dios?

Cuando la teología cristiana declara que Dios es sabio, quiere decir mucho más de lo que dice o puede decir, pues trata de hacer que una palabra comparativamente débil soporte una incomprensible plenitud de significado que amenaza con desgarrarla y aplastarla bajo el mero peso de la idea. "Su entendimiento es infinito", dice el salmista. Es nada menos que infinitud lo que la teología se esfuerza aquí por expresar.

Dado que la palabra infinito describe lo que es único, no puede tener modificadores. No decimos "más único" o "muy infinito". Ante la infinitud guardamos silencio.

Hay, en efecto, una sabiduría secundaria, creada, que Dios ha dado en medida a sus criaturas, según lo requiera su mayor bien; pero la sabiduría de cualquier criatura o de todas las criaturas, cuando se compara con la sabiduría ilimitada de Dios, es patéticamente pequeña. Es decir, Dios es sabio en sí mismo, y toda la sabiduría resplandeciente de los hombres o de los ángeles no es más que un reflejo de ese resplandor increado que brota del trono de la Majestad en los cielos.

La idea de Dios como infinitamente sabio está en la raíz de toda verdad. Es un dato de creencia necesario para la solidez de todas las demás creencias sobre Dios. Siendo lo que es sin tener en cuenta a las criaturas, Dios no se ve afectado, por supuesto, por nuestras opiniones sobre Él, pero nuestra cordura moral exige que atribuyamos al creador y sustentador del universo una sabiduría enteramente perfecta. Negarse a hacerlo es traicionar lo que nos distingue de las bestias.

En las Sagradas Escrituras, la sabiduría, cuando se usa de Dios y de los hombres buenos, siempre conlleva una fuerte connotación moral. Se concibe como algo puro, amoroso y bueno. La sabiduría que es mera astucia se atribuye a menudo a los hombres malos, pero tal sabiduría es traicionera y falsa. Estos dos tipos de sabiduría están en perpetuo conflicto. En efecto, vista desde la elevada cumbre del Sinaí o del Calvario, se descubre que toda la historia del mundo no es más que una contienda entre la sabiduría de Dios y la astucia de Satanás y de los hombres caídos. El

El resultado de la contienda no está en duda. El imperfecto debe caer ante el perfecto al final. Dios ha advertido que tomará a los sabios en su propia astucia y echará por tierra el entendimiento de los prudentes.

La sabiduría es, entre otras cosas, la capacidad de concebir fines perfectos y de alcanzarlos por los medios más perfectos. Ve el fin desde el principio, por lo que no hay necesidad de adivinar o hacer conjeturas. La Sabiduría lo ve todo en su conjunto, cada cosa en relación con todas las demás, y así es capaz de trabajar hacia los objetivos predestinados con una precisión impecable.

Todos los actos de Dios se realizan con perfecta sabiduría, primero para Su propia gloria, y luego para el mayor bien del mayor número durante el mayor tiempo. Y todos Sus actos son tan puros como sabios, y tan buenos como sabios y puros. Sus actos no sólo no podrían hacerse mejor, sino que no podría imaginarse una manera mejor de hacerlos. Un Dios infinitamente sabio debe obrar de una manera que no pueda ser mejorada por criaturas finitas.

Oh Señor, ¡cuán múltiples son tus obras! Con sabiduría las hiciste todas. La tierra está llena de tus riquezas.

Sin la creación, la sabiduría de Dios habría permanecido encerrada para siempre en el abismo sin límites de la naturaleza divina. Dios creó a sus criaturas para que Él pudiera disfrutar de ellas y ellas se regocijaron en Él.

"Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera".

A lo largo de los siglos, muchos se han declarado incapaces de creer en la sabiduría básica de un mundo en el que tantas cosas parecen estar tan mal. Voltaire, en su Cándido, presenta a un optimista decidido, al que llama Dr. Pangloss, y en su boca pone todos los argumentos de la filosofía del "mejor de los mundos posibles". Por supuesto, el cínico francés se deleitaba colocando al viejo profesor en situaciones que ridiculizaban su filosofía.

Pero la visión cristiana de la vida es mucho más realista que la del Dr. Pangloss con su "razón suficiente". Es que éste no es por el momento el mejor de los mundos posibles, sino uno que yace bajo la sombra de una enorme calamidad, la Caída del hombre.

Los escritores inspirados insisten en que toda la creación gime y sufre ahora bajo el poderoso impacto de la Caída. No intentan aportar "razones suficientes"; afirman que la "criatura fue sometida a vanidad, no voluntariamente, sino por causa de aquel que la sometió en esperanza". No hay aquí ningún esfuerzo por justificar los caminos de Dios con los hombres; sólo una simple declaración de hecho. El ser de Dios es su propia defensa.

Pero hay esperanza en todas nuestras lágrimas. Cuando llegue la hora del triunfo de Cristo, el mundo sufriente saldrá a la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Para los hombres de la nueva creación, la edad de oro no es pasada, sino futura, y cuando llegue, un universo maravillado verá que Dios ha abundado en nosotros en toda sabiduría y prudencia. Mientras tanto, descansamos nuestra esperanza en el único Dios sabio, nuestro Salvador, y esperamos con paciencia el lento desarrollo de sus benignos propósitos.

A pesar de las lágrimas, el dolor y la muerte, creemos que el Dios que nos hizo a todos es infinitamente sabio y bueno. Así como Abraham no se tambaleó ante las promesas de Dios por incredulidad, sino que fue fuerte en la fe, dando la gloria a Dios, y estaba plenamente persuadido de que lo que había prometido era capaz de cumplirlo, así nosotros basamos nuestra esperanza sólo en Dios y esperamos contra toda esperanza hasta que amanezca. Descansamos en lo que Dios es. Creo que sólo esto es la verdadera

fe. Cualquier fe que deba apoyarse en la evidencia de los sentidos no es verdadera fe. "Jesús le dice: Tomás, porque me has visto, has creído: bienaventurados los que no vieron y creyeron".

El testimonio de la fe es que, no importa cómo se vean las cosas en este mundo caído, todos los actos de Dios se realizan con perfecta sabiduría. La encarnación del Hijo Eterno en carne humana fue uno de los actos poderosos de Dios, y podemos estar seguros de que este acto asombroso se realizó con una perfección sólo posible para el Infinito. "Grande es, sin discusión, el misterio de la piedad: Dios se manifestó en carne.

También la expiación se llevó a cabo con la misma impecable destreza que caracteriza todos los actos de Dios. Por poco que lo entendamos todo, sabemos que la obra expiatoria de Cristo reconcilió perfectamente a Dios y a los hombres y abrió el reino de los cielos a todos los creyentes. Nuestra preocupación no es explicar, sino anunciar. De hecho, me pregunto si Dios podría hacernos comprender todo lo que sucedió allí en la cruz. Según el apóstol Pedro, ni siquiera los ángeles lo saben, por mucho que ansíen indagar en estas cosas.

La operación del evangelio, el nuevo nacimiento, la venida del Espíritu divino a la naturaleza humana, el derrocamiento definitivo del mal y el establecimiento final del reino justo de Cristo, todo esto ha fluido y fluye de la infinita plenitud de la sabiduría de Dios. Los ojos más agudos del observador honesto en la bendita compañía de lo alto no pueden descubrir un defecto en los caminos de Dios al llevar todo esto a buen término, ni puede la sabiduría acumulada de los serafines y querubines sugerir cómo se podría mejorar el procedimiento divino. "Sé que todo lo que Dios hace, será para siempre; nada se le puede poner, ni nada se le puede quitar; y Dios lo hace, para que los hombres teman delante de él."

Es de vital importancia que mantengamos la verdad de la sabiduría infinita de Dios como un principio de nuestro credo; pero esto no es suficiente. Debemos llevarla al mundo práctico de nuestra experiencia cotidiana mediante el ejercicio de la fe y la oración.

Crear activamente que nuestro Padre Celestial despliega constantemente a nuestro alrededor circunstancias providenciales que obran para nuestro bien presente y nuestro bienestar eterno, trae al alma una verdadera bendición. La mayoría de nosotros vamos por la vida rezando un poco, planeando un poco, compitiendo por una posición, esperando, pero sin estar nunca seguros de nada, y siempre temiendo secretamente perder el camino. Esto es un trágico desperdicio de la verdad y nunca da descanso al corazón.

Hay un camino mejor. Es repudiar nuestra propia sabiduría y tomar en su lugar la sabiduría infinita de Dios. Nuestra insistencia en ver el futuro es bastante natural, pero es un verdadero obstáculo para nuestro progreso espiritual. Dios se ha hecho plenamente responsable de nuestra felicidad eterna y está dispuesto a tomar las riendas de nuestras vidas en el momento en que nos dirijamos a Él con fe.

He aquí su promesa: "Y traeré a los ciegos por camino que no conocían; los guiaré por sendas que no han conocido; haré que las tinieblas se aclaren delante de ellos, y que lo torcido se enderece. Esto les haré, y no los desampararé".

Que guíe al que tiene los ojos vendados, El amor no necesita saber; Hijos a quienes el Padre guía.

No preguntes a dónde van.

Aunque el camino sea desconocido, por páramos y montañas solitarias.

Gerhard Teersteegen

Dios nos anima constantemente a confiar en Él en la oscuridad. Yo iré delante de ti, y enderezaré los lugares torcidos; quebraré las puertas de bronce, y desmenuzaré los cerrojos de hierro; y te daré los tesoros de las tinieblas, y las riquezas escondidas de los escondrijos, para que sepas que yo, el Señor, que te llamo por tu nombre, soy el Dios de Israel".

Es alentador saber cuántos de los poderosos actos de Dios se realizaron en secreto, lejos de las miradas indiscretas de los hombres o de los ángulos.

Cuando Dios creó los cielos y la tierra, había tinieblas sobre la faz del abismo. Cuando el Hijo Eterno se hizo carne, fue llevado durante un tiempo en las tinieblas del dulce vientre de la virgen. Cuando Él murió por la vida del mundo, fue en la oscuridad, visto por nadie al final. Cuando resucitó de entre los muertos, fue "muy de mañana". Nadie le vio resucitar. Es como si Dios dijera: "Lo que yo soy es lo único que te tiene que importar, porque ahí están tu esperanza y tu paz. Haré lo que haré, y al final todo saldrá a la luz, pero cómo lo haga es Mi secreto. Confía en Mí y no temas".

Con la bondad de Dios para desear nuestro mayor bienestar, la sabiduría de Dios para planearlo, y el poder de Dios para lograrlo, ¿qué nos falta? Seguramente somos los más favorecidos de todas las criaturas.

En todos los grandes designios de nuestro Hacedor, brilla la Omnipotencia, con sabiduría; Sus obras, a través de todo este marco maravilloso, Declaran la gloria de Su Nombre.

Thomas Blacklock